

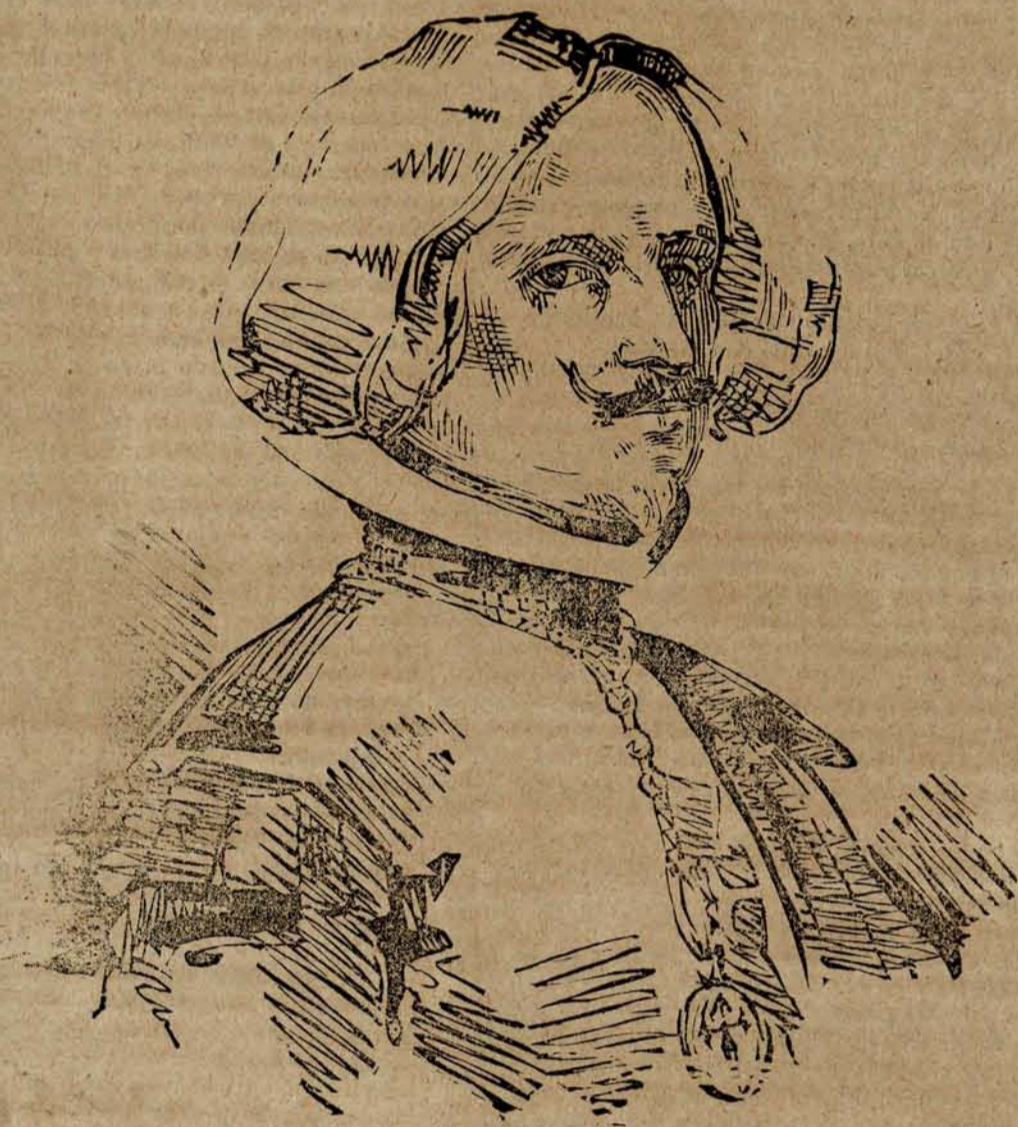
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 465.

MADRID 29 DE MAYO DE 1844.

Segunda serie



DON DIEGO VELAZQUEZ.

LA PIEL DE ZAPA.

TERCERA PARTE.

XLV.

Regresó Rafael á su casa rabioso de ira. Ya no creía en nada. Se atropellaban sus ideas en su cerebro, giraban y vacilaban como las de todo hombre que se halla en presencia de un hecho imposible. Había creído que la máquina de Spieghalter tendría algún defecto oculto: no le asombraba la impotencia de la ciencia y del fuego; mas le producía espanto la flexibilidad de la piel cuando la manejaba entre sus dedos y su dureza cuando se dirigían contra ella todos los medios de destrucción de que el hombre dispone. Este hecho incontestable le sumergía en un horroroso vertigo.

—¡Estoy loco! dijo para sí al entrar en su casa; no tengo hambre ni sed, y siento en mis entrañas un fuego que me devora.

Colocó la piel de zapa en el cuadro donde antes la tenía, y después de señalar de nuevo con tinta encarnada el contorno del talisman, se sentó en su poltrona.

—¡Ya son las ocho! exclamó; se me ha pasado este día como un sueño.

Y apoyándose en los brazos de la poltrona reclinó la cabeza sobre su mano izquierda y permaneció absorto en esas fúnebres meditaciones, en esas devorantes ideas con cuyo secreto bajan á la tumba los reos de muerte.

—¡Ah, Paulina, Paulina! exclamó. ¡Pobre niña! ¡Abismos hay que no puede salvar el amor por fuertes y poderosas que sean sus alas.

En este instante percibió un ahogado suspiro. Reconoció por uno de esos entrañables privilegios de la pasión la respiración de Paulina.

—¡Oh! exclamó. ¡Si ahí estuviese descaría morir en sus brazos!

Una estrepitosa y alegre carcajada le hizo volver la cabeza hacia el lecho, y vió á través de las transparentes cortinas el rostro de Paulina sonriéndose como un niño, cuya malicia ha salido victoriosa. Sus tersos cabellos caían en numerosos rizos sobre sus hombros. Estaba allí semejante á una rosa de Bengala sobre un lecho de blancas rosas.

—He seducido á Jonatás, dijo ella. Este lecho me pertenece á mí que soy la esposa. No me regañes, querido; mi intento era solo sorprenderte. ¡Oh, perdóname esta locura!

Después, saltando del lecho, se mostró radiante vestida de muselina, y sentándose sobre las rodillas de Rafael, dijo con expresión afanosa:

—¿De qué abismo hablabas, bien mío?

—De la muerte, Paulina.

—¡Oh, me espantas! Nosotras, pobres mugeres, somos débiles y hay ciertas ideas que no podemos soportar: porque nos asesinan. ¿Consiste en fuerza de amor ó en falta de aliento? Pero la muerte no me asusta, añadió con la risa en los labios; Morir junto á tí, mañana, exhalando en un beso el postrimer suspiro, sería para mí la felicidad suprema: me parecería haber vivido mas de cien años. ¿Qué importa el número de días si en una noche, en una hora, hemos apurado toda una vida de paz, de amor y de dulzura?

—Tienes razón, dijo Rafael; el cielo habla por tu linda boca. Déjame que la bese... y muramos.

—¡Muramos! repuso Paulina loca de gozo.

(Continuará).



VARIEDADES.

TOROS.

En la tarde del lunes, tuvo lugar la sesta media corrida, de la presente temporada: como era día de fiesta, la concurrencia fue mas numerosa, que lo

que hacia esperar el mal éxito de las funciones anteriores: la tarde apesar de ser clara, estaba un tanto fastidiosa, por el fuerte viento que soplabá, pero ni aun así pudo apagarse el entusiasmo que el público madrileño tiene por este género de diversiones y la entrada fue lo que se llama un lleno.

A las cinco de la tarde, hora que designaban los carteles, el señor presidente dispuso que se diera principio á la corrida: acto continuo se verificó el despejo; hizo la cuadrilla el saludo de costumbre y sin que notáramos desde luego ninguna reforma de las que en nuestros números anteriores, hemos indicado, salió el primer vicho al circo.

Era el primer toro de Fuentes, divisa morada, retinto y tan buen mozo como cobarde. Alvarez y Hormigo eran los picadores que vestían trages de color indefinible: tomó tres varas de Alvarez y una de Hormigo, sin que nada de particular ocurriera en ellas: tenía muy buenas piernas y aunque arrancaba con facilidad al echarle el capote luego que se creía en suerte, se quedaba cerniendo delante del bulto y en seguida se escupía fuera.

Le banderillaron el Gallego y el Salamanquino, este vestía trage azul con plata y aquel negro y cada uno le puso dos pares.

Matóle el Morenillo, que vestía color de punzó y plata, con mucho trabajo, á causa del aire que lo llevaba el trapo, lo que le impedía que el toro tomara el engaño, y le obligaba á citarlo antes de llegar á jurisdiccion, por ser muy fácil que se fuera al bulto que estaba descubierto: despues de darle una muy baja junto al mismo brazuelo y dos pinchazos, lo concluyó de una atravesada.

El segundo toro era de Castrillon, divisa amarilla y encarnada, arrogante mozo y de muy buenas piernas. Tomó cuatro varas de Alvarez y tres de Hormigo. Aunque era de bastante poder y pegajosillo, no tuvo el suficiente para derribar á Hormigo que cavalgaba un muy caballo de toros: esto le ahorró una caída espantosa y que estuvo con mucho peligro, del cual le libraron Martin y el hermano del Barbero, que asiendo de la cola al toro consiguió sacarlo de suerte: muy luego se quedó la plaza sin picadores habiendo muerto dos caballos y se dejó enfriar al mejor toro de la corrida: esto nos confirmó en la idea que hemos formado acerca de lo necesario que son tres picadores en plaza, y que en vano se afanan algunos por demostrar la inutilidad de esta medida, que al fin y al cabo tendra que adoptar la empresa, si trata de dar gusto al público: este toro saltó la barrera an luego como recibió la segunda vara.

El Pando que vestía de negro y el Largo demorado con plata, le banderillaron este le puso dos pares de dos salidas y aquel uno de otras dos salidas.

En hora menguada le tocó matar este toro á Labi, quien vestía de morado y plata; y no decimos menguada porque tuviera cogida, que nora menguada para él es no tenerla, lo decimos por el disgusto que este toro le originó y que pudo causarle funestas consecuencias: era un vicho que á la cualidad de muchas piernas reunia el haberse hecho de mucho sentido, y como para ser torero no es solo valor lo que se necesita, sino grande conocimiento en el arte, luego que vimos aplomarse al toro, conocimos el riesgo que el espada habria de correr, mucho mas cuando la fuerza del aire no le dejaba jugar el engaño como era debido: al primer pase le encontramos desarmado y muy próximo á ser cogido; en seguida le dió un pinchazo; despues una muy buena, sobrada, y cuando el toro se hallaba en los mismos medios de la plaza, hizo una salida, y recogiendo se lo llevó en la cabeza: la gente lo creyó atravesado, pero muy luego de haberlo arrojado al suelo se puso en pie sin mas cornada que la que habia sufrido el calzon: qué bien puede aplicarse á este torero lo de *fortuna te dé Dios, hijo*: lo cierto es que Labi se ha empeñado en buscar la muerte y no la encuentra: si eso es así, despues de tantas veces como lo ha intentado sin conseguirlo, le aconsejariamos que se diera por satisfecho y já vivir!

Despues de esto el toro se aplomó en los medios: cuantos esfuerzos hizo Labi para matarlo fueron inútiles, y en lo avanzada que estaba la tarde, quiso el señor presidente que se desgarretara con la media luna á tan hermaso animal; salió el cachetero á efectuar la operacion, pero el animalito, naturalmente y siendo de sentido, no se la dejaba hacer en regla, y como al fin, habia de ser, el diestro, que no es mucho por cierto, atropelló las reglas y en vez de desgarretarle una pierna por entero, hizo la operacion á medias y le desgarretó la mitad de cada una, pero le desgarretó. El público se irritó con Labi: si fue por achacarsele el triste fin de aquel toro, lo decimos francamente, no creemos que habia motivo para tanto, pues si bien no estuvo feliz, lo que á él le sucedió puede sucederle al mas cumplido torero y por cierto que si no nos engañamos, es la primera vez que se ha pedido la media luna en cuantos toros ha matado. Si el disgusto público consistió en que se descompuso con los espectadores: cosa que no podemos asegurar porque nada de eso notamos, le aconsejaremos á él y á otro cualquiera, que no lo hagan nunca, porque les puede traer muchos disgustos. El torero en la plaza tiene que habérselas nada mas que con el toro que tiene delante: solo á él debe dirigir buenas ó malas miradas, agradeciendo cortes, las muestras de aprecio que el público dispense á su mérito y tolerando en otro caso con paciencia á toda prueba, los que pueden llamarse desmanes, pero que la costumbre inmemorial ha sancionado ya. Es lo cierto, que por una de estas dos causas el público en masa pedía que Labi saliera de la plaza, pero el señor presidente que conocia su obligacion por demas, dijo: «Tate... aquí estoy yo. Quien tiene la culpa de la mala muerte del toro es el chulo á quien yo se le mandé desgarretar, y lo desgarretó: que venga el chulo á mi presencia.» Y subió el chulo al palco de la presidencia y le dijo S.S.—¿Por qué ha desgarretado Vd. al toro de las dos piernas? Y contestó el chulo.—Señor, porque no fue bastante con una.—Con que... ¿no fue bastante...? Sálgase Vd. de la plaza.—Pero señor ¿si he cumplido con mi obligacion!—Sálgase usted de la plaza. Y el chulo se salió de la plaza. Esto es lo que se llama todo un presidente, un buen presidente, un presidente de carácter y que lo entiende. Pues que ¿no hay sino desgarretar á un toro de las dos piernas? ¡Cuidadito con otra señor chulo! Que como la plaza esté tan bien presidida, puede que lleve Vd. un multazo que no se chupe las uñas.

El público siguió pidiendo que se retirara Labi, hasta que consiguió hacerlo subir al palco de la presidencia, no sabemos para que, es lo cierto que á pocos instantes ya estaba en el circo y que la profunda griteria le obligó á sentarse en el estrivo de la barrera, en lo cual dió una prueba de suma delicadeza.

El tercero era de Zapata, divisa rosa azul, toro bien armado, buen mozo, retinto claro: tomó tres varas de Alvarez y dos de Hormigo. El Pando que vestía negro le puso un par de banderillas de dos salidas; Jordan que vestía azul con plata le puso dos pares de salidas tambien.

Gaspar Diaz que vestía trage morado con oro, se encargó de matar este toro y tanto tiempo tardó en ponerselo bien para la muerte, que se hizo necesario mandarle el alguacil. Por fin lo despachó de una baja y no fue del todo malo: este torero continua siendo antipático y aunque haga primores, que no los hara, siempre llevará grita.

El cuarto toro era de Paredes, con divisa blanca y rosa, retinto oscuro. Tomó cinco varas de Hormigo y una de Alvarez, el cual recibió una contusion en la mano que le obligó á retirarse. Salió en su lugar Muñoz á quien le mató el caballo.

Capa que vestía morado con plata y el hermano del barbero, color de limon con plata tambien, lo banderillaron: el toro saltó la varrera y la paseó tres veces.

Martin que vestía un lucido trage, color de pasa con plata, despachó á este toro de un pase y una muy buena recibiendo, en la cual le cortó la herradura.

El quinto toro divisa blanca y roja era de Paredes: retinto muy oscuro, bravo pero de poco poder. Tomó dos varas de Muñoz y otras dos de Charpa: dos novicios en esta plaza eran los encargados de banderillarle, pero no lo pudieron conseguir. El espada Martin que se habia propuesto dar gusto al público, quiso banderillar este toro: hizo dos salidas y no puso ninguna á causa de no haber dado luego el toro: bien podía haber conocido antes, que el vicho no era el mas apropiado para lucirse. Por fin puso un par en el que dió á conocer la maestria que le distingue. Bueno será advertir á los nuevos banderilleros, que cuando el espada quiere desempeñar esa suerte, la etiqueta de la plaza exige que ellos le sirvan de chulos, y que nadie mas que el ponga banderillas en ese caso.

Le mató el Moreno con no poco trabajo de una baja.

El sexto de Fuentes divisa morada; tomó tres varas de Charpa y tres de Muñoz. Tocábale á Labi matar este toro, pero aun continuaba la enemistad del público y mostró su descontento, llevando no pocos, su imprudencia hasta el punto de tirarle naranjas que á otro hubieran dado, pero no á Labi, que hasta en eso tuvo suerte: resignado se volvió á la varrera aunque se dejaba ver en su interior una grande afectacion: el hombre impasible y sereno como ninguno entre las astas del toro, mostraba en el semblante el sentimiento que le causaba una repulsa semejante y estaba como avergonzado en tan triste situacion. En este momento se despertaron afectos enocontrados, y una gran parte del público pedía á Labi que saliera á lidiar el toro: en el instante recobró todo el valor que parecia haber perdido; tornó la vista al punto, de donde le gritaban que saliera; y pálido como nunca, valiente como siempre, despechado y fuera de si, sin tener en nada los gritos de sus enemigos, solo y sin capote, sin mas defensa que su firme corazón, sin mas amparo que el que su escaso arte le pudiera proporcionar, partió á donde estaba el toro con ánimo de entregarse á él y le dió un magnifico recorte en medio de la plaza y tomó la capa y con la mayor limpieza, en un palmo de terreno ejecutó tres lances al natural y uno á la navarra y se quitó la montera y con ella hizo accion de matar al toro y en tanto se iba mudando la opinion y crecia el entusiasmo al verle poner dos pares de vanderillas con toda maestria y de este modo conquistó por si, la plaza que habia perdido y millares de pañuelos saludaron al lidiador, que á la cualidad reconocida de valiente, habia reunido la de diestro y hábil que le estaba por conocer.

En seguida cogió la muleta y cuando se disponia para la muerte, no faltó algun soez cuya cobarde mano le arrojara cáscaras al rostro acibarando de esta manera el triunfo que acababa de conseguir: el público sensato volvió la vista indignado al sitio de donde las cáscaras salieron, y el que lo hizo se ocultó dando pruebas de su cobardía. Despues de darle diferentes pases al pecho y al natural y uno por detrás al presentarse el toro, le puso dos cortas muy buenas y una excelente recibiendo y le descabelló á la tercera vez de intentarlo.

El sétimo era de Castrillon, divisa amarilla y encarnada, su color de azúcar y canela, tomó dos varas de Muñoz y una de Charpa, le banderillaron Jordan que le puso un par y Pando dos, de dos salidas, el uno á la carrera y el otro á la media vuelta.

Gaspar le mató de una buena pero con muy mal arte.

El octavo era de Zapata: buen mozo, retinto claro, pero brabucon y cobarde. Le mandaron poner banderillas de fuego. Capa le puso un par, el hermano del barbero dos; todas se cayeron efecto sin duda de los malos clavos: saltó la varrera y la paseó.

Martin le despachó dándole primero un pase, despues un pinchazo muy bajo por habersele vaciado el toro; una corta muy buena por haberse vaciado el y una muy buena á vola pie.

Seria de desear que ya que tanto agente tiene á su disposicion la presidencia, no se permitiera bajar á nadie hasta despachar el último toro á la plaza y no sucediera lo que en esta funcion.



TEATROS.

De la Cruz

A las ocho y media de la noche: Se pondrá en escena el drama nuevo, en cuatro actos y en verso, titulado: ESPAÑOLES SOBRE TODO. Se dará fin á la funcion con el *Paso Stirién*.

Del Príncipe.

A las ocho y media de la noche: La comedia en tres actos, titulada: EL POETASTRO O LA BOBA FINGIDA. Intermedio de baile. Terminará el espectáculo con la pieza en un acto, titulada: LA VIEJA Y LOS CALAVERAS.

Del Circo.

A las ocho y media de la noche: BELISARIO, ópera seria en tres actos del maestro Donizzetti.